

BIBLIOGRAFÍA

Santiago BARAJAS MONTES DE OCA HART, John M., *El anarquismo y la clase obrera mexicana* .. 1029

HART, John M., *El anarquismo y la clase obrera mexicana*, 3a. ed. (trad. de María Luisa Puga), México, Siglo XXI Editores, 1988, 244 pp.

Ha sido tal el éxito de esta obra, que en sólo siete años se han impreso tres ediciones, cada una con notas adicionales que avalan su contenido y le dan actualidad sociológica. El periodo abarcado por el autor va del año 1860 al de 1931 y se apoya, según lo ha expresado en el prólogo a la segunda edición, en la literatura monográfica de principios de siglo y en la *Memoria del Congreso General Obrero de la República Mexicana*, donde se aportan datos concernientes a las "sociedades mutualistas de artesanos" que fructificaron durante el siglo pasado; a las organizaciones cooperativas y fabriles; a la incipiente mano de obra organizada y a la "arremetida de los programas económicos del régimen de Porfirio Díaz y el flujo del capital extranjero en busca de fuerza de trabajo a bajo costo". Realiza, asimismo, un análisis de los trabajos desarrollados por la Casa del Obrero Mundial, pero aclara que no profundiza en ellos por ser tema de una investigación más amplia que invita a estudios futuros.

El libro es, en síntesis un estudio histórico del movimiento anarquista mexicano y su impacto en la clase obrera. Explora el tema como factor de interés en el desarrollo de la clase obrera urbana y en los movimientos agraristas. No pretende —insiste en ello el autor— que el anarquismo haya sido, en ninguna época, la única ideología existente en el movimiento obrero, o que hubiera inducido en alguna forma la alianza ideológica de una mayoría de trabajadores urbanos o rurales. El objetivo ha sido formular un análisis imparcial de la historia y derrota del anarquismo en México, destruir algunos mitos respecto a que el Centro Sindicalista Libertario y la Confederación General de Trabajadores, hayan sido organizaciones anarquistas que negaron al gobierno, al igual que explicar el fondo de la ideología anarcosindicalista en México, frente a las doctrinas anarcocomunistas, sindicalistas o marxistas, simplemente.

La obra está distribuida en diez capítulos que abordan los orígenes del anarquismo mexicano y el proselitista, dedicando parte importante a los organizadores y los fundadores del movimiento obrero y agrario.

En una segunda sección de ideas, habla del resurgimiento del anarquismo en nuestro país, haciendo hincapié en los factores sociales y económicos que contribuyeron a una nueva organización de la fuerza de trabajo a través de la Casa del Obrero Mundial y la política sustentada por don Francisco I. Madero. Concluye con la referencia a la participación de los constitucionalistas durante los años de 1916 y 1917

y la actitud asumida, después de promulgada la Constitución, por la Confederación General de Trabajadores.

Hart ve —como es natural— fuerte influencia europea en el movimiento anarquista de México. Estima que las ideas de Proudhon, altamente influenciadas por Godwin y Rousseau, fueron las que predominaron en la acción inicial, todavía en la última década del siglo XIX. Pero encuentra, asimismo, influencias internas al darse el fenómeno de la recuperación y redistribución de las propiedades agrícolas por los municipios libres, y al intentar darle fin a la corrupción política de los funcionarios locales y nacionales. La lucha que durante largo tiempo llevó a cabo la población campesina, que incluía el control de la tierra por el poblado y el autogobierno, fueron, para él, los factores de la incipiente insurrección campesina en apoyo de estas aspiraciones. En otro campo de acción coloca la ayuda del anarquismo y de otras ideologías radicales, ya latentes en el año de 1870, como factores de ayuda al florecimiento de un esbozo de anarquismo.

Para el autor, las vecindades de los grandes centros urbanos, y las fábricas, se fueron convirtiendo, sin un propósito definido, en semilleros de ideas revolucionarias propagadas por ideólogos y organizadores que exponían las fórmulas sociales de Bakunin y Kropotkin y muy en menor grado las de Marx, pues en México, al igual que en América Latina, el anarquismo pesó mucho más que el marxismo. Los organizadores de los movimientos obreros fueron en este continente los estudiantes y artesanos, más que los trabajadores comunes o los intelectuales. Fue Plotino Rhodakanaty, activista político llegado a México hacia 1870, quien a lo largo de la década comprendida entre este año y el de 1880, influyó en los miembros de la Sociedad Particular de Socorros Mutuos, formada por artesanos de la industria sombrerera, creando conciencia en el ámbito de la fraternidad universal. Asimismo, dirigió la primera organización anarquista, denominada La Social, creada fuera del Grupo de Estudiantes Sociales, bajo el principio de que "La Social —según escribió— al igual que nosotros, tiene como programa la unión universal. No reconoce nacionalidades. Sus tres símbolos son: libertad, igualdad y fraternidad, la idea Santa".

Aun cuando La Social se desintegró, sus antiguos miembros —Francisco Zalacosta, Santiago Villanueva y Hermenegildo Villavicencio—, bajo la dirección del propio Rhodakanaty, se convirtieron en incansables defensores del movimiento obrero urbano, adoptando la sociedad secreta como táctica de organización. No compartimos las ideas de Hart en los acontecimientos posteriores, en el sentido de que las sociedades mutualistas sufrieron influencia del anarquismo, pues existen otros

autores que nos llevan a una posición contraria. Cosío Villegas, por ejemplo, cuyo pensamiento se encuentra perfectamente definido en nuestro medio, considera que el mutualismo jamás tuvo raíces anarquistas, sino que fue un movimiento fraterno, de apoyo económico, que se orientaba más bien a un socialismo "fouriano" que a otros conceptos. La Social quizás, con la influencia del prohudonismo, haya participado de principios anarquistas, pero no fue organización obrera, sino fracción de un grupo estudiantil muy reducido, que no trascendió y pronto desapareció.

Por otro lado, el Club Nacional de Obreros Libres, a cuya agrupación se otorga cierta inclinación anarquista, tampoco tuvo trascendencia social y prácticamente para finales del siglo XIX había desaparecido, precisamente ante la influencia y desarrollo alcanzado por otros sectores de obreros libres también, pero menos proclives a tales ideas. Se acepta, sin embargo, que el combate emprendido en contra de los cooperativistas, a quienes se tildó de anarquistas, tuvo algo de razón, pues en sus filas militaron personas ligadas al movimiento socialista, muchas de las cuales deben haber estado influidas por el pensamiento proudhoniano; pero hasta ahí, de haber existido principios, éstos no prosperaron y por el contrario, la dirección ideológica fue canalizada —repetimos con Cosío Villegas— hacia un prudente socialismo.

Hart admite lo anterior en su capítulo "Declinación y perseverancia", pues cuando habla de resurgimiento, reconoce que durante el Porfiriato se ahogó todo intento anarquista, pues no sólo persiguió, encarceló, envió a las colonias penales o aplicó "la ley fuga" a quienes encontraba proclives a estas ideas, sino que durante más de diez años, los últimos del siglo XIX y los primeros del presente siglo, buscó en todas formas el aislamiento de la clase trabajadora, de cualquier doctrina que pudiera desviarla hacia el campo socialista, no digamos el anarquista propiamente dicho. Sí pensamos con él, que el cambio surgió con la represión obrera llevada a cabo en Cananea y Río Blanco, pues se vieron claras muestras de inconformidad a lo largo y ancho de la República. Aquí en la ciudad, pongamos por caso, los obreros de las fábricas textiles La Hormiga y La Magdalena (ubicadas en San Ángel) dieron muestras de incrustarse en movimientos anarquistas como solución a los cierres empresariales, al presentarse las primeras huelgas de solidaridad. En Puebla, San Luis Potosí, Guadalajara y otros lugares también se modificó la actuación de los trabajadores y no existiendo otros organismos fuera de los grupos anarquistas, que los orientaran de momento, la reacción que presentaron fue aceptar su dirigencia y admitir algunas bases de acción combativa de tal orden. Estamos de acuerdo con

el autor en el sentido de que por esta razón la Revolución mexicana desató en 1910 fuerzas sociales infinitamente más complejas de lo que Madero o el Partido Liberal Mexicano podían entender o controlar, pues indudablemente existieron graves contradicciones sociales que han requerido muchos años, con posterioridad, para resolver nuestros problemas ideológicos.

Hart piensa y apoyamos su idea, que la Revolución hizo aflorar las siguientes fuerzas: 1) la constituida por elementos militares y revolucionarios dentro de la clase obrera, que aprovecharon el tradicional descontento de los artesanos; 2) el elemento campesino, cuyo descontento, a su vez, partió del despojo de sus tierras y la opresión impuesta a sus pueblos; 3) una "enajenada elite de provincia" frustrada por la nula colaboración que se le permitió en el ejercicio de la política, por la escasa ayuda para paliar sus necesidades, y por haber sido excluida del proceso de la toma de decisiones frente al extranjero; 4) otra "enajenada clase intelectual", desilusionados los jóvenes intelectuales, por la reticencia del régimen a satisfacer sus esperanzas de una democracia política y una "justicia social"; 5) los bajos salarios diarios de los trabajadores urbanos y rurales, que disminuyeron considerablemente entre los años de 1897 y 1910; 6) la escasez alimentaria, debida a cosechas arruinadas por plagas y orientada a la exportación; condiciones que se vieron exacerbadas por los obstáculos económicos impuestos por una crisis de precios, y 7) el estancamiento a que había llegado el régimen de Díaz, cuyos asesores políticos y económicos se encontraban francamente desacreditados, y cuyo aparato militar estaba integrado por un viejo personal al que sólo interesaba su bienestar y la tranquilidad que la potente represión le otorgaba.

La organización del anarcosindicalismo en México la hace partir el autor de la formación de la Casa del Obrero Mundial en el año 1912, cuando el exiliado catalán Amadeo Ferrés se incrustara en sus filas. Estima que los primeros actos revolucionarios de los obreros hacia 1914 fueron fraguados en su seno y que durante el planteamiento, el año 1916, de la primera huelga general a que se convocó a todos los trabajadores, el fracaso tuvo lugar no por el ataque a los principios anarcosindicalistas en boga, sino por haber sido escaso el número de obreros que se unió al movimiento. En realidad fue la Confederación Nacional de Artes Gráficas el gremio que más la apoyó, por instrucciones de Ferrés. Es de aceptarse con él que la Casa del Obrero Mundial representó mayor amenaza para los liberales que rodearon al presidente Madero que otros sectores de ideas avanzadas, por haberse introducido en ella varios extranjeros como Moncaleona (cubano) y Luis Méndez (centro-

americano), quienes formaron parte del cuerpo directivo junto con seis o siete mexicanos más, que formaron el llamado Grupo Luz, autores del primer manifiesto anarquista.

Los diez puntos que según Hart constituyeron la base del anarcosindicalismo mexicano pueden resumirse así: 1º rebelarse al yugo de los verdugos de la humanidad: clero, gobierno y capital; 2º evitarle al pueblo la ignorancia; 3º no servir de apoyo al ascenso de los poderes federales o locales, de ningún político, porque ningún hombre tiene derecho a gobernar a otro; 4º fortalecer la igualdad de todos los seres humanos al estar regidos por los mismos efectos de las leyes naturales y no por leyes caprichosas; 5º exigir cuentas al propietario opulento por sus riquezas y al gobernante por su mentida autoridad; 6º acabar con instituciones sociales que sean generadoras de "vagos y holgazanes"; 7º conseguir la libertad del obrero; 8º establecer la verdad como arma contra la iniquidad; 9º ahuyentar el miedo por ser el tirano de los pueblos; y 10º marchar hacia el ideal redentor de la patria universal donde "todos los hombres puedan vivir dentro del respeto mutuo en absoluta libertad, sin padres de la patria; sin dioses de los cielos; sin ricos insolentes".

La Casa del Obrero Mundial se convirtió en el éxito nacional y sus primeros aciertos entusiasmaron a gente de provincia que siguió sus postulados. Hart no lo señala, pero en realidad sólo fueron algunos grupos del estado de Nuevo León, formados por diversos sindicatos de la ciudad de Monterrey, los que se afiliaron, perdiendo pronto el entusiasmo, pues para 1916 eran escasos los elementos con que contaban dentro de sus filas "auténticamente revolucionarias", como consideraban los reducidos sectores de su organización. Creemos que el autor pone énfasis en una situación que no pudo ser real; en primer término, por faltar cultura sindicalista en el pueblo; en segundo término, por el repudio que las otras organizaciones dieron a los trabajos del anarcosindicalismo; y en tercer lugar, por la división surgida entre los miembros de esta incipiente organización. Pero aparte esta digresión continuemos con la exposición de sus ideas.

Acepta que no sólo el gobierno de Madero, sino en grado máximo, el de Venustiano Carranza, reaccionaron con interés al avance inicial del anarcosindicalismo. Madero, preocupado "por la justicia" como lo dijo en una declaración publicada en la prensa, nombró una comisión que investigara el fenómeno. Carranza, por su parte, reprimió manifestaciones organizadas por la Casa e hizo detenciones de varios de sus miembros importantes, como reacción inmediata a las pretensiones que apuntaban. Ni siquiera la circunstancia de que la agrupación obrera se

hubiese puesto abiertamente en contra del régimen de Victoriano Huerta, hizo que el primer jefe del Ejército Constitucionalista modificara su criterio y aceptara la colaboración desinteresada que se le ofreció. A la Casa se le calificó de "foco de conspiración contra el gobierno" e inútil resultó la defensa que hicieron diputados como Pérez Taylor y Díaz Soto y Gama, que en momento alguno se les consideró "hueristas", en relación con los trabajos unificadores que se realizaban y el frente común que se proponía para enfrentarse a Huerta. Cuando éstos fueron arrestados, Serapio Rendón y Belisario Domínguez hicieron valiente defensa de su postura y explicaron la razón que los llevara a la ejecución de métodos poco ortodoxos, pero necesarios para combatir el régimen político imperante.

A la derrota de Huerta, la Casa del Obrero Mundial llevó a cabo un acto obrero al que bautizó con el nombre de "celebración de la liberación", e invitó a Carranza y a Obregón a que asistieran al mismo. Ninguno de los dos concurrieron pero enviaron nutrida representación, entre los que se encontraba Antonio I. Villarreal, hombre de gran prestigio entre la clase trabajadora. Más aún, Obregón les obsequió el edificio de lo que había sido el convento jesuita de Santa Brígida, para sus reuniones, no obstante la posición apolítica que proclamara a los cuatro vientos la Casa. Esta agrupación se dedicó entonces a menospreciar los logros revolucionarios y al adoctrinamiento ideológico del mayor número posible de trabajadores; publicó un periódico titulado *Tinta Roja* y presionó al gobierno para que diera todo su apoyo a la clase obrera, aumentando desde luego los salarios, reconociendo a todos los sindicatos revolucionarios y exigiendo se favoreciera la firma de contratos de trabajo, a lo cual se resistía la clase patronal, pidiendo que fuese el gobierno quien fungiera como árbitro para suavizar las profundas diferencias existentes.

El gobierno de Carranza no aceptó la mayor parte de las peticiones por considerarlas imposibles de realización en el momento. Esto provocó el deterioro de las relaciones y posterior rompimiento entre la Casa del Obrero Mundial y el constitucionalismo, que de por sí se habían quebrantado cuando la Casa le ofreció apoyo a Villa y Zapata durante su estancia en la ciudad de México. Fue Obregón quien se acercó a los trabajadores, al invitarlos a participar en "la lucha" e integrar con ellos una alianza militar que dio excelentes dividendos, pues se formaron milicias obreras y "Batallones Rojos" que tuvieron eficaz participación en la campaña obregonista. Pero la huelga general de 1916 auspiciada por la Casa, trajo nuevo rompimiento de relaciones y entonces Ca-

rranza persiguió a todos sus líderes, la mayor parte de los cuales se escondió o buscó protección en la provincia. Éste fue el motivo por el que esta organización no participó en los trabajos del Constituyente de Querétaro y por el que, al contrario, los atacara actuando subrepticamente, por considerarlos "burgueses" y apoyadores del capitalismo.

Hart concluye su investigación con los actos posteriores de índole anarquista. Dice que al normalizarse la vida social y política del país, aparecieron con tal tendencia tres grupos que tuvieron cierta significación: el de los "Jóvenes Socialistas Rojos"; el de los llamados "Autónomos" y uno curiosamente bautizado con el nombre de "Solidaridad". Sin embargo, para él la fuerza anarquista la tuvo la Confederación General de Trabajadores, que formó un fuerte sector anarcosindicalista que para el año 1921 contaba ya con más de 40,000 afiliados, alcanzando para los años 1928-1929 más de 80,000 afiliados. El político que, según su criterio, más simpatizó con la clase obrera había sido Obregón, pero quien para combatir a la CGT encomendó a Luis N. Morones organizara otra central obrera que fue la Confederación Obrero-Mexicana (CROM), con cuya central dio abierta batalla al anarquismo. El fin de los organismos ideológicos que indujeron a esta tendencia tuvo lugar, según Hart, hacia 1928, al haber entrado en abierto conflicto con los gobiernos de Obregón y Calles y haber surgido con éstos el "reformismo revolucionario".

Concluamos con esta reflexión particular: la obra reseñada nos muestra los momentos de fuerza del anarcosindicalismo en México, que fue cuando los batallones rojos de la Casa del Obrero Mundial tuvieron activa participación revolucionaria, pero ni antes ni después tuvo significación política y fue relativa la social, pues el sector agrarista, el verdadero pilar de la Revolución mexicana, se mantuvo alejado totalmente de sus principios. La clase obrera sí la apoyó, pero la realidad fue que desde antes de promulgada la Constitución de 1917, la abandonó, orientándose hacia toques de socialismo, que han imperado a lo largo de su desarrollo.

Santiago BARAJAS MONTES DE OCA